



El elemento ausente en las comunicaciones estratégicas de EUA

Coronel (R) William M. Darley, Ejército de EUA

EN LAS SECUELAS de los ataques de 11-S, unos pocos observadores políticos perspicaces comenzaron a sostener que EUA se encontraba comprometido en una guerra que no sólo requeriría la acción militar, sino también y aún de mayor importancia, obligaría a la Nación a entablar una guerra de ideas.¹ No obstante, el Gobierno de EUA básicamente se demoró en comprender la naturaleza del conflicto, tardó en admitir su carencia de capacidad para sortear este tipo de conflicto y fue demasiado lento en concentrar enérgicamente sus esfuerzos para esta dimensión del conflicto. Lamentablemente, casi seis años después de los ataques en contra de las Torres Gemelas y el Pentágono, todavía no existe un proceso para organizar y conducir un programa eficaz y sincronizado a nivel nacional dirigido a hacer frente a las ideas del enemigo. Por ello, muchos observadores tanto dentro como fuera del Gobierno están expresando ahora gran preocupación en el sentido de que EUA está perdiendo tanto la guerra global de las ideas contra los extremistas islámicos, como la guerra contra el propio terrorismo.

La preocupación creciente sobre estar perdiendo la guerra de ideas ha producido consternación y debates encarnizados entre numerosos sectores del Gobierno acerca de porque ha sido tan lento avanzar y que hacer respecto de ello. Hasta la fecha, este debate ha producido poco fuera

El Coronel (Retirado) William M. Darley, Ejército de EUA, fue Director de Comunicaciones Estratégicas del Centro de Armas Combinadas en Fuerte Leavenworth, Kansas y ex Editor-en-Jefe de la revista Military Review.

Tomado de la revista Joint Force Quarterly, número 47, 4º trimestre de 2007

FOTO: El Comandante de los Sistemas Navales de la Armada habla del papel de la Armada en la guerra contra el terrorismo.

Armada de EUA (Dave Kaylor)

de una gran cantidad de laminas de PowerPoint, libros blancos y estudios, tomándose muy pocas medidas concretas para desarrollar un programa interagencial sincronizado y coordinado a nivel nacional—y un esfuerzo muy alejado de las robustas capacidades que EUA tuvo con la Agencia Central de Inteligencia y la ahora desaparecida Agencia de Información de EUA durante la Guerra Fría, las que fueron elementos claves para vencer la dimensión ideológica contra del Marxismo/Leninismo de la Unión Soviética.²

En cambio, la discusión se ha centrado principalmente en jugar con los mecanismos de coordinación, pretendiendo resolver el problema mediante la creación de un grupo de dirección a nivel nacional para coordinar el establecimiento de algo que generalmente se describe como las “comunicaciones estratégicas”. No obstante, hasta ahora, los esfuerzos para crear un sistema como este, han sido frustrados en gran por el desacuerdo interagencial sobre lo que constituye actividades apropiadas y legítimas de las comunicaciones estratégicas, proviniendo las protestas más encarnadas desde la comunidad de comunicación social [del Departamento de Defensa (DOD) y sus instituciones armadas], los que temen ser absorbidos en una máquina de propaganda a nivel nacional. De mayor importancia aún, una innovación de esta índole ha enfrentado gran resistencia de las agencias gubernamentales fuera del Departamento de Defensa, básicamente porque están preocupadas ante la posibilidad de ser subordinadas al control del DOD en el proceso.

Una consecuencia de este impasse es la aseveración de algunos líderes en el gobierno de que la causa principal de esta falla nacional de comunicación en términos estratégicos es la incompetencia de los comunicadores profesionales del gobierno. Por ejemplo, el ex Secretario de Defensa Donald Rumsfeld sostuvo que la falla en las comunicaciones estratégicas fue causada principalmente por los oficiales y funcionarios gubernamentales en la comunidad de comunicación social, quienes no fueron entrenados adecuadamente para luchar una guerra de ideas de escala global, o insuficientemente involucrados en el desarrollo activo del sistema requerido, con disponibilidad las veinticuatro horas del día, para igualar las iniciativas y participación del enemigo en el ambiente de información global.³ Como una

respuesta parcial, varias agencias han lanzado una serie de iniciativas, cuya meta es formar oficiales de comunicación social más competentes en gestionar las comunicaciones internacionales.

No obstante, la razón de que el Gobierno de EUA haya tenido tanta dificultad en difundir sus propios mensajes estratégicos en el ambiente político y social actual, no se explica sólo por su fracaso en desarrollar mecanismos burocráticos interagenciales, por rivalidades entre las agencias, ni siquiera por un estilo equivocado. Más aún, la incapacidad de establecer un sistema global de comunicaciones disponible las veinticuatro horas del día, con personal de comunicación social adecuadamente adiestrado, sólo es un síntoma del *verdadero* problema, no la causa. Más bien, la razón principal es una falla a nivel nacional de llegar a un acuerdo interagencial entre los diferentes departamentos y secciones del gobierno, sobre la naturaleza de lo que queremos que expresen las comunicaciones estratégicas nacionales al público objetivo y con qué grado de urgencia. Esta gran carencia se hace evidente específicamente en el Informe de la Comisión del 11-S sobre sus políticas comunicacionales: “El Gobierno de EUA debe definir su mensaje, cuáles son sus valores.”⁴

En consecuencia, la falla a nivel nacional para concordar sobre lo que EUA representa (o sea, que valores nacionales deben reflejar las comunicaciones estratégicas) es el impedimento principal para desarrollar un programa eficaz y sincronizado de comunicaciones estratégicas. Además y tal vez más preocupante, la causa real del impasse burocrático sobre las comunicaciones estratégicas refleja una ausencia más profunda de consenso, respecto a lo que de hecho son nuestros valores nacionales.

Valores estratégicos

¿Qué es un *valor*? Básicamente, los valores son costumbres sociales (o sea, un concepto abstracto aceptado como si fuera una realidad concreta) imbuidas en una sociedad que sirven como reguladores comunales del comportamiento social. Este tipo de valores cosificados establecen el acuerdo social esencial que define lo que la comunidad colectivamente asume como un buen comportamiento en oposición a uno malo. En relación con otros factores, los valores son

uno de los agentes más poderosos que rigen el comportamiento social humano, y el más frágil, puesto que su autoridad descansa completamente en el convencimiento de la comunidad colectiva

La falla a nivel nacional para concordar sobre lo que EUA representa... es el impedimento principal para desarrollar un programa eficaz y sincronizado de comunicaciones estratégicas.

de que éstos son principios justos y verdaderos. Como consecuencia, los valores de una generación frecuentemente se convierten en los prejuicios e intolerancias de la próxima generación. Por lo tanto, el fundamento básicamente variable de los valores los deja vulnerables a los cambios culturales constantes que establecen lo que llega a ser aceptado como comportamiento apropiado.

La fragilidad de los valores puede ser fácilmente observada en los cambios de aquéllos valores que se consideraron como el cimiento de las costumbres homogéneas nacionales dos generaciones atrás. Por ejemplo, la población norteamericana normalmente aceptaba el inglés como el idioma “correcto y apropiado” de EUA. El aprendizaje del inglés estuvo tan profundamente arraigado que a principios del siglo XX, los nuevos inmigrantes normalmente prohibían a sus niños hablar o aprender la lengua materna de manera que se integraran rápidamente en la sociedad norteamericana; el aprendizaje del inglés era considerado un valor obligatorio para llegar a ser un “norteamericano de verdad”. No obstante, hoy en día con una inundación de inmigrantes que crecientemente se resisten a renunciar a su idioma o cultura anterior cuando llegan a EUA y que reciben apoyo de varios agentes en la sociedad que promueven la diversidad en lugar de una homogeneidad cultural, como el valor social nacional preferido, la opinión de que el inglés debe ser el idioma estándar está perdiendo rápidamente su estatus como un valor aceptado en EUA—y de hecho ahora es calificado como una forma de intolerancia intrusiva.

Otras abstracciones aceptadas ampliamente como componentes importantes del sistema de valores de EUA en un momento determinado, también han sido desafiadas, creando así la incertidumbre respecto al consenso nacional sobre los valores comunes. Por ejemplo, la aseveración de nuestro gobierno de que uno de los propósitos de luchar en Irak es ayudar a establecer libertades personales y proteger la dignidad humana está evolucionando hacia un entendimiento distinto de lo que significó hace dos generaciones. Para muchos en EUA, luchar por las libertades personales hoy en día puede sugerir que nosotros como nación estamos luchando contra los insurgentes en Irak con el propósito de legitimizar la homosexualidad y el matrimonio homosexual, como costumbres y estilos de vida apropiados en el mundo islámico, como una parte de los cambios en las interpretaciones tradicionales de la familia y el matrimonio que están siendo defendidas en EUA por muchos agentes y grupos de interés. Suponiendo que la tolerancia y aceptación de los así llamados estilos de vida alternos lleguen a ser aceptados, con el tiempo, como un valor nacional norteamericano, entonces el problema sería cómo formular los mensajes estratégicos para convencer al mundo islámico conservador que rechaza la homosexualidad como un valor legítimo, aún cuando observen el drama de los confusos y corrosivos conflictos basados en valores sobre este tema en EUA y Europa occidental.

En la misma línea, nuestro gobierno asevera en forma reiterada que estamos luchando en Irak por la libertad de expresión. En la práctica, el mundo islámico interpreta frecuentemente que esta afirmación significa que EUA está desplegando sus combatientes para luchar y morir en el conflicto, con el fin de promover la protección y distribución de imágenes pornográficas o para promulgar los “valores de Hollywood”, que no sólo permite sino promueve el adulterio, la infidelidad y promiscuidad. O el mundo islámico interpreta esto como una extensión de la percibida dedicación de EUA al secularismo para promover las condiciones para el establecimiento de una organización hermana de la *ACLU* [organización dedicada a la libertad total] en los estados del Medio Oriente, que un día intentará quitar el Corán—así como a Alá—de la vida, conversación e instituciones públicas islámicas. Teniendo en

cuenta esta perspectiva de los públicos para los cuales formulamos los mensajes estratégicos, el asunto se convierte para nuestro gobierno en, “¿Son estas representaciones realmente apropiadas a los valores nacionales que queremos difundir a los públicos extranjeros como una justificación de la lucha en Irak y en otros lugares?”

En contraste brutal con el ambiente confuso de un sistema de valores claramente en desorden, los mensajes de nuestro enemigo son muy sencillos y específicos cuando describen los valores normativos que prevalecerán con respecto a la homosexualidad, la promiscuidad y el ateísmo secular bajo un nuevo orden mundial gobernado por un califato y la ley islámica. Como consecuencia, en contraste con nuestros mensajes, los mensajes estratégicos del enemigo son claros, inequívocos y (para muchos) sumamente atrayentes en comparación con la poca claridad y desconcertante confusión sobre lo que en realidad pretenden expresar los mensajes estratégicos de EUA.

Los ejemplos antes mencionados demuestran brevemente que la esencia de los programas de comunicaciones estratégicas y los mensajes resultantes no son un engaño psicológico, retórica elegante, ni maneras cuidadosas para decir algo ingenioso de modo persuasivo—o sea, no es una cuestión del estilo. Es, sobre todo, el producto directo de los valores sostenidos por una sociedad. Las comunicaciones estratégicas son la expresión de los frutos que crecen desde el suelo de los valores nacionales. Las llamadas comunicaciones que no expresan intereses específicos debidamente regulados y arraigados en los verdaderos valores nacionales rápidamente son descartadas como falsas por el público extranjero.

Como resultado, se debe entender que las guerras en Irak y Afganistán están ineludiblemente vinculadas con nuestro conflicto interno en curso, sobre la búsqueda de una definición y acuerdo respecto de lo que en realidad son nuestros valores nacionales. Por ello, la naturaleza indecisa de esta lucha es lo que mejor explica el impasse en nuestro gobierno nacional referente a un sistema y plan de comunicaciones estratégicas.

Lo señalado subraya el obstáculo principal para las comunicaciones estratégicas en EUA. El desacuerdo popular sobre los valores se ha traducido en un estancamiento de los esfuerzos a

nivel ejecutivo y legislativo que son perjudiciales para la formulación de un plan y un proceso de comunicaciones estratégicas, puesto que no existe ninguna presión ni aspiración especial de la población para ello. Esta falta de acuerdo se refleja en la carencia del consenso interagencial con respecto a lo que son valores nacionales y cómo deben ser desarrollados, situación que complica nuestros iniciativas para formular mensajes estratégicos convincentes y actividades de apoyo dirigidas a un público internacional para explicar y justificar nuestra participación en las acciones relacionadas con la guerra contra el terrorismo, especialmente en Irak.

Obviamente, la solución sería llegar a un sólido acuerdo entre todas las áreas del gobierno, y especialmente entre los departamentos ejecutivos, sobre un conjunto de valores nacionales, los cuales quitarían instantáneamente los obstáculos ideológicos para fomentar un sentido de urgencia interagencial así como un deseo de cooperación y acción.

Sea o no posible llegar a un acuerdo sobre los valores nacionales en nuestra alborotada y dividida sociedad y gobierno es, en la actualidad, el asunto central de este dilema nacional. La falta de un consenso no sólo afecta directamente nuestra capacidad de desarrollar un proceso nacional de comunicaciones estratégicas para apoyar a las agencias que están luchando las guerras actuales, pero, más alarmante, este consenso también es directamente atingente a si nosotros como nación podremos sobrevivir a la “Guerra Prolongada” que está desarrollándose frente a los temblorosos desafíos ideológicos que podemos anticipar en contra de estos valores nacionales básicos que hasta ahora han definido a EUA como una nación y a sus ciudadanos como distintivamente norteamericanos.

Valores del pasado

La última vez que EUA tuvo un consenso nacional en sus valores fue en la II GM. El consenso general en el cual los valores nacionales formaron el ambiente sociopolítico del país creó una amplia demanda y apoyo popular hacia las instituciones que se establecieron para luchar contra el fascismo. El consenso popular general sobre los valores nacionales fomentó el ambiente para la cooperación interagencial

entre las organizaciones que se establecieron para comunicarse no sólo con públicos externos sino también internos. Una consecuencia de este tipo de acuerdo fue el desarrollo de un programa cuya meta consistió en promover el apoyo interno para la guerra. Este programa produjo iconos de unidad nacional como “Rosie the Riveter” [el famoso icono de una mujer ficticia que, debido a la ausencia de hombres en la fuerza laboral causada por la II GM, tuvo que llenar el vacío de trabajadores en las fábricas norteamericanas, la que apareció en numerosos carteles con lemas patrióticos] y gran apoyo para el racionamiento y la venta de bonos para apoyar la guerra. También facilitó el apoyo de Hollywood, históricamente rebelde e independiente, el cual a regañadientes aceptó los valores nacionales existentes para producir en masa películas que glorificaron la causa de los Aliados mientras que ridiculizaron y vilipendiaron a las naciones del Eje, en formas que hoy en día serían consideradas culturalmente intolerantes y carentes de sensibilidad. Además, los medios de comunicación, normalmente iconoclastas, cooperaron indecisamente en estos esfuerzos permitiendo ser censurados con un mínimo de quejas y la incorporación de sus reporteros como miembros virtuales de las fuerzas armadas en las fuerzas que desplegaron en los distintos teatros de la guerra.

¿Cuáles eran estos valores nacionales? Una descripción y discusión exhaustiva de todos los valores específicos que pudiesen haber contribuido al sentido de unidad nacional para el apoyo y cooperación a lo largo de este enorme y diverso país serían muy difíciles de establecer en una taxonomía y estarían sujetas a un debate vigoroso. Ciertamente, no existió un consenso específico en cada uno de los valores expresados para las diversas etnias y comunidades minoritarias. No obstante, los valores del país coincidieron lo suficiente para generar el apoyo popular para entablar la guerra y probablemente se pueden resumir mejor en el viejo aforismo de la época: “Para mamá, pastel de manzana y la muchacha vecina.”

Aunque sin duda fue considerada por algunos, aún en ese entonces, como sentimental, superficial e ingenua, esta concisa declaración resumió una serie de valores compartidos entre la población norteamericana que justificó el propósito de la

guerra: defender de la agresión nazi a la familia nuclear tradicional y conservar los roles de los géneros en tiempo de paz, ambos conectados con un sentido de cultura independiente e identidad nacional simbolizadas por un tipo de pastel considerado exclusivamente norteamericano. Eso no significa sugerir que EUA era una sociedad idílica en la era pre-II GM. Estaba profundamente abrumada por una pobreza generalizada y el racismo institucional, especialmente con respecto al trato de negros, asiáticos y judíos. Sin embargo, fue una sociedad cuyas comunidades—tanto la mayoritaria como la minoritaria—por voluntad propia participaron activamente en el esfuerzo de la guerra creyendo que tenían un papel importante en el resultado.

En contraste con esta época, si alguien hoy en día sugiere que la razón de la lucha en Irak es defender “mamá, pastel de manzana y la muchacha vecina”, este individuo estaría sujeto a acusaciones de discriminación sexual, homofobia e aislacionismo sórdido, contrario al comercio internacional, incluyendo las importaciones de manzanas desde Chile o México.

Con esta perspectiva, la ausencia de Rosie the Riveter en la actualidad es obvia. Ante el telón de fondo de la amenaza enigmática pero tangible que enfrentamos en Al Qaeda así como de potenciales adversarios equivalentes como China, las razones por las cuales Rosie no se ha presentado al servicio debe ser causa de gran inquietud tanto en las fuerzas armadas como en la ciudadanía en general.

...y de la actualidad

Como era de esperar, en contraste con el carácter abiertamente nacionalista y aún racista de los mensajes de la comunicación estratégica del Gobierno de EUA durante la II GM, los mensajes de la coalición liderada por EUA en Irak son abstractos, excesivamente inofensivos y tibios. Algunas de las causas principales son bastante claras: en primer lugar, puesto que vivimos en un mundo donde la globalización ha creado una red extensivamente compleja de sistemas económicos interdependientes, el Gobierno de EUA evita desafiar a las ideologías de muchas naciones de cuyos recursos dependemos, especialmente las opiniones islámicas (aunque el Islam sin duda alguna es el semillero ideológico desde el cual

surge la mayoría de las actuales insurgencias y movimientos terroristas en el mundo). Entre estas razones es que EUA depende totalmente de petróleo islámico.

Pero de igual importancia, la población de EUA ha sido sometida a un adoctrinamiento patrocinado por el gobierno por medio de la influencia de una serie de leyes, cambios en el sistema educacional y la influencia de líderes e instituciones culturales populares que emergieron del movimiento de derechos civiles de la década de los años 60. Debido a estos cambios culturales, muchos en el Gobierno de EUA ahora están acostumbrados a rechazar instintivamente cualquier cosa que pudiese someterles a acusaciones de insensibilidad étnica, racismo o falta de tolerancia multicultural. Como consecuencia, mucha gente ahora tiene el impulso casi instintivo de evitar desafiar a cualquier religión o cultura, sin importar cuán abiertamente organizada o amenazante y beligerante pueda ser ese movimiento cultural en contra de los intereses nacionales de EUA.

La consecuencia principal de estos dos factores significa que los funcionarios del Gobierno de EUA ahora no pueden llegar a ningún acuerdo entre sí,

con respecto a cuales valores culturales extranjeros estamos dispuestos a desafiar directamente, por considerarlos inferiores o contraproducentes a la promoción de las formas de sociedad liberal que anteriormente protegimos como un asunto de valores nacionales. En otras palabras, no podemos estar de acuerdo entre nosotros mismos con relación a lo que consideramos nuestros propios valores culturales que estamos dispuestos abiertamente a señalar como superiores y preferibles a los que sustentan nuestros enemigos como una razón para entrar en guerra, los cuales por definición deben ser fomentados e internalizados por el público objetivo para lograr el éxito en la guerra de las ideas. Asimismo, la aseveración de superioridad de los valores en comparación con aquéllos de un adversario debe ser, de hecho, la esencia de los mensajes de comunicación estratégica cuya meta es lograr objetivos políticos en tiempo de guerra.

A la inversa, al examinar la propaganda producida por nuestros enemigos insurgentes y terroristas, lo que destaca no es la habilidad del enemigo para formular programas sagaces de persuasión genial, sino la simplicidad y expresión



Armada de EUA (2º Maestre. Molly Burgess)

El Secretario de Defensa Robert M. Gates (izq.) y el vicepresidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor Conjunto General James Cartwright en una mesa redonda con los medios de comunicación en el Pentágono, 17 de enero de 2008.

concreta de metas políticas específicas que el enemigo quiere que sean internalizadas por su público. También, estos mensajes audazmente afirman una superioridad moral sobre los valores de EUA y sus aliados. Esta simplicidad contrasta totalmente con el contenido enigmático e incomprensible de lo que normalmente pasa por mensajes de comunicación estratégica a nombre de la coalición liderada por EUA.

El resultado es que el problema principal con nuestro esfuerzo de comunicación estratégica es que no existe ningún mensaje estratégico. Como consecuencia, es imposible establecer ahora un verdadero proceso de comunicaciones estratégicas, no importa la reorganización interagencial que se realice, o cuán hábilmente adiestrado sea el personal asignado a ellas, o cuán sofisticados y refinados sean nuestros estilos de comunicación. Consecuentemente, hasta que exista un consenso sobre los valores nacionales entre todos los sectores del gobierno y un renacimiento del coraje moral nacional por parte del liderazgo del gobierno para adoptar una muy necesaria medida de intolerancia cultural para cualquier ideología que amenace a estos valores, hay poca probabilidad de generar comunicaciones estratégicas convincentes en el futuro previsible. Y el reconocimiento de las razones por las cuales existen pocas probabilidades acentúa lo que debe provocar la mayor preocupación para los militares, la población, el gobierno, mayor que la amenaza del terrorismo global en sí mismo. Lo que emerge es una guerra de ideas que tiene sus raíces en distintas series de valores que se desarrollan en las *madrastas*, los mercados, las calles, las aldeas y mezquitas en los rincones oscuros de tierras distantes, y está alineándose, cada vez con mayor intensidad, como un conflicto de valores dentro del mismo EUA, como una cuarta revolución.

En su historia, EUA ha experimentado tres distintas revoluciones. La primera no sólo involucró la separación de la cultura madre sino también introdujo la idea de que el gobierno debe servir a la población a su placer y que el pueblo tenía derechos naturales que el gobierno no les podía quitar. Sin embargo, al no abolir la esclavitud, la primera revolución falló en la adopción de los valores expresados en su declaración básica. Dentro de poco tiempo, estos asuntos no resueltos llevaron a una segunda

revolución, la Guerra Civil de EUA, que resolvió el asunto de esclavitud y estableció la soberanía federal como suprema. No obstante, el prohibir la esclavitud no acabó con la injusticia racial institucional o no excluyó la aprobación de leyes y el establecimiento de instituciones que tenían como meta mantener a los afroamericanos y otras minorías en una servidumbre involuntaria de facto. Con el paso del tiempo, la incoherencia de esta situación produjo la tercera revolución, liderada por el Reverendo Martin Luther King, hijo, que culminó con el término de la segregación legal y ayudó a establecer los valores nacionales expresados en la primera revolución. Todas estas revoluciones fueron principalmente un conflicto acerca de la dirección y el fundamento de los valores nacionales. Y las condiciones sociopolíticas que impulsaron cada una de estas revoluciones resultaron en gran medida de la fricción social producida por una guerra—la tercera creada en gran parte por la inquietud que emergió de la guerra en Vietnam.

De modo parecido, hoy, la guerra de mayor amplitud que el Presidente George W. Bush inició con la invasión de Irak ha abierto una caja de Pandora de tensiones políticas y sociales aún no resueltas, así como efervescencia acerca de la esencia de los valores nacionales. La presión social de una guerra aparentemente insoluble está polarizando a una sociedad ya ideológicamente dividida en maneras cada vez más peligrosas, moviéndola hacia otra guerra civil virtual entre los partidarios de ideologías opuestas. Este camino hacia un movimiento revolucionario está tan avanzado que la división entre los estados liberales y los conservadores, que fue evidente en las últimas dos elecciones nacionales, puede ser interpretada ya no como una riña entre miembros de la gran familia norteamericana, sino más bien como el anuncio de una guerra real entre bandos irreconciliables de enemigos ideológicos que están inclinándose cada vez más hacia, si no solidarizando abiertamente con, dos conjuntos de valores hostiles y antitéticos tan distintos como aquéllos que dividen las facciones chiítas y sunitas en el mundo islámico.

Como consecuencia, después de casi seis años, está claro que las agendas de los partidos políticos internos ha evolucionado hasta el punto de que consideran el resultado de la guerra en Irak como

un asunto menos atinente a la seguridad nacional y si un factor clave en el éxito en la lucha por sus propios intereses para arrancar el poder político interno como un medio para influir en los valores nacionales. Con ese propósito, cada vez es más evidente que los oponentes políticos internos ven la guerra más relacionada al control de los futuros nombramientos a la Corte Suprema que a la defensa de los ciudadanos norteamericanos o a mejorar la estabilidad del Medio Oriente.

El resultado de este dilema es que en términos de valores nacionales, la última elección a nivel nacional demostró que una gran mayoría de ciudadanos, aún aquéllos en lados opuestos del espectro político, han concluido claramente que el control conservador de las secciones del gobierno por más de una década ha generado poco más que una tendencia cada vez más predecible de indiferencia insensible hacia las prioridades populares (o sea, el partido en el poder ha tratado a los electores como si fueran tontos). Para muchos, esta percepción se agravó por la disparidad persistente en la retórica de aquéllos en el poder, quienes hablaron acerca de la expansión y protección de los intereses y valores tradicionales norteamericanos, pero cuyos esfuerzos parecían enfocarse, en mayor medida, a tratar de promover intereses empresariales internacionales así como expediciones militares internacionales que beneficiaron principalmente a gente de otros países.

Además, para ambos el ciudadano legal que espera en una larga cola en el hospital para pagar una factura cara por su tratamiento médico, así como los muchos inmigrantes ilegales delante de él, cuyas facturas son pagadas por el Gobierno, ninguno puede ser culpado por no sólo dudar de la seriedad y legitimidad del Gobierno y del Congreso en el poder, sino también por cuestionar el estilo y la forma en que la democracia norteamericana sí misma ha evolucionado. Este es un camino ideológico alarmante, pero una situación que ha sido fomentada por las acciones del Gobierno.

Dichas tendencias son abrumadoramente evidentes en las encuestas asociadas a los dos últimos gobiernos, las que muestran que la mayoría de la población de EUA comparte la convicción de que el Gobierno ha ignorado sus prioridades y se ha enfocado más en servir a intereses especiales, en una manera sistemática y programada. Aquéllos

que han interpretado el deseo popular de imponer leyes en contra de los inmigrantes ilegales como una cuestión de racismo blanco, simplemente no comprenden porque una gran mayoría de los electores norteamericanos quiere que el Gobierno tome medidas para poner fin al flujo: no lo consideran un problema asociado a trabajadores indocumentados arrebatando trabajos e inundando los servicios públicos, sino como un desafío mortal al valor nacional de gobierno por la ley misma.

Con lo señalado en mente, está claro que ningún esfuerzo de comunicaciones estratégicas puede lograr el éxito a menos que emerja de valores nacionales honorables y protegidos. Debe ser elemental para un gobierno que desea extender la llama de la antorcha de sus valores a otros, demostrar primero respeto por los propios, evitando la percepción de que trata con desdén al electorado cuya sociedad se sustenta en estos valores. Para hacerlo, es imprescindible que el Gobierno tome medidas para expresar los valores nacionales mediante su definición, y una vez definidos, respaldarlos con la aplicación enérgica de las leyes cuya meta es conservarlos y protegerlos. Los valores así definidos, y luego sustentados por el establecimiento e imposición de las políticas que ellos reflejan, son la base fundamental para fomentar el deseo y la voluntad entre las agencias del gobierno para cooperar en el desarrollo de las comunicaciones estratégicas. Sin esta base de valores nacionales esenciales respaldada por la política e impuesta por ley, cualquier programa de comunicaciones estratégicas a nivel nacional será imposible de lograr. **MR**

NOTAS

1. Anthony J. Blinken, "Now the U.S. Needs to Win the Global War of Ideas," *International Herald Tribune*, 8 de diciembre de 2001; Anthony J. Blinken, "Winning the War of Ideas," *The Washington Quarterly* (primavera de 2002), págs. 101-114; Harry Binswanger, "America vs. Death-Worship: The Moral Meaning of the Coming War," discurso ante la Universidad de Columbia, 2 de octubre de 2001.

2. Véase William P. Kiehl, *America's Dialogue with the World* (Washington, DC: The George Washington University, 2006); Wilson P. Dizard, hijo, *Inventing Public Diplomacy: The Story of the U.S. Information Agency* Boulder, Colorado: Lynne Rienner, 2004); Walter L. Hixon, *Parting the Curtain: Propaganda, Culture, and the Cold War, 1945-1961* (Nueva York: St. Martin's Press, 1997); David Chute, *The Dancer Defects: The Struggle for Cultural Supremacy During the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 2003); y Frances Stonor Saunders, *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters* (Nueva York: Free Press, 2002).

3. El Consejo sobre las Relaciones Exteriores, "New Realities in the Media Age: A Conversation with Donald Rumsfeld," transcripción, 17 de febrero de 2006.

4. La Comisión Nacional sobre los Ataques Terroristas en EUA, *The 9/11 Commission Report: Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States* (Nueva York: Norton, 2004), pág. 376.